

**Conflicto e (in)visibilidad**

**Retos en los estudios  
de la gente negra en Colombia**

Eduardo Restrepo – Axel Rojas  
Editores



Editorial Universidad del Cauca  
Colección Políticas de la alteridad

© Editorial Universidad del Cauca 2004  
© De los autores

Grupo de Investigaciones para la Etnoeducación  
Universidad del Cauca, Popayán, Colombia

Primera edición  
Septiembre de 2004

Editores académicos:  
Eduardo Restrepo y Axel Rojas

Editor General de Publicaciones:  
Felipe García Quintero

Diseño y diagramación de la serie editorial:  
Enrique Ocampo Castro

Copying Left

Los documentos de esta publicación pueden ser reproducidos total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente y sean utilizados con fines académicos y no lucrativos.

Las opiniones expresadas en los documentos que componen esta publicación son responsabilidad de los (as) autores (as). La financiación de la publicación por parte de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional y la Organización Internacional para las Migraciones –OIM–, no significa coincidencia con los puntos de vista allí expresados.

ISBN: 958-9475-59-0

Impreso en Feriva, Cali, Colombia.

# Contenido

<b>Presentación .....</b>	<b>11</b>
<b>Agradecimientos .....</b>	<b>15</b>
<b>Introducción</b>	
Eduardo Restrepo - Axel Rojas .....	17
<b>Desplazamiento, conflicto y desterritorialización .....</b>	<b>33</b>
<b>Geografías de terror y desplazamiento forzado en el     Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y     buscando respuestas</b>	
Ulrich Oslander .....	35
<b>Desplazamientos, desarrollo y modernidad en el Pacífico     colombiano</b>	
Arturo Escobar .....	53
<b>Dinámica y consecuencias del conflicto armado     colombiano en el Pacífico: limpieza étnica y desterrito-     rialización de afrocolombianos e indígenas y ‘multicul-     turalismo’ de Estado e indolencia nacional</b>	
Oscar Almario .....	73
<b>Negándose a ser desplazados: afrocolombianos en     Buenaventura</b>	
Santiago Arboleda .....	121

<b>Subalternización e (in)visibilidad .....</b>	<b>139</b>
<b>De la esclavitud al multiculturalismo: el antropólogo, entre identidad rechazada e identidad instrumentalizada</b>	
Elisabeth Cunin .....	141
<b>Subalternos entre los subalternos: presencia e invisibilidad de la población negra en los imaginarios teóricos y sociales</b>	
Axel Rojas .....	157
<b>No todos vienen del río: construcción de identidades negras urbanas y movilización política en Colombia</b>	
Carlos Efrén Agudelo .....	173
<b>El patriarca imposible: una aproximación a la subjetividad masculina afrocaribeña</b>	
Julia Eva Cogollo - Juliana Flórez-Flórez - Angélica Nãñez .....	195
<b>Presencia negra en la zona bananera del Magdalena: invisibilidad de una permanencia</b>	
Cristian Manuel Olivero Pavajeau .....	209
<b>Implosión identitaria y movimientos sociales: desafíos y logros del Proceso de Comunidades Negras ante las relaciones de género</b>	
Juliana Flórez-Flórez .....	219
<b>Políticas de la representación, multiculturalismo e interculturalidad .....</b>	<b>247</b>
<b>Los guardianes del poder: biodiversidad y multiculturalidad en Colombia</b>	
Peter Wade .....	249
<b>Biopolítica y alteridad: dilemas de la etnización de las colombias negras</b>	
Eduardo Restrepo .....	271
<b>Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina</b>	
Camila Rivera .....	301

**Colonialidad, conocimiento y diáspora afro-andina:  
construyendo etnoeducación e interculturalidad en la  
universidad**

Catherine Walsh ..... 331

**Sobre los autores ..... 347**

# Implosión identitaria y movimientos sociales: desafíos y logros del Proceso de Comunidades Negras ante las relaciones de género<sup>1</sup>

Juliana Flórez-Flórez

Llevar una discusión al terreno de las relaciones de género no es una tarea fácil. Y no puede ser de otra manera. Más allá de la simple y frecuente reacción de atribuir la preocupación por este tema a ‘caprichos de histéricas’, problematizar la identidad de género es una labor ardua. Exige suspender una de las certezas que más hondo ha calado en nuestra subjetividad: que existe un modo adecuado de ‘ser mujer’ y de ‘ser hombre’. Y cuán audaces debemos ser en nuestra vida cotidiana para renunciar a lo que somos, a pesar de que no nos reconozcamos en el dolor que ese modo de ser produce.

En las fronteras transdisciplinares y en los límites de un saber que excede al académico, se discute apasionadamente el sentido político otorgado a las diferencias de género y se cuestiona, además, la pertinencia de aquellas categorías con las que nombramos dichas diferencias. Son debates que ponen en tela de juicio el modo cómo las ciencias sociales reconstruyen sus objetos de estudio, obviando tanto el racismo como el poder inherente a las relaciones de género. Además, son discusiones que denuncian las tendencias racistas de ciertas corrientes feministas y plantean importantes desafíos a los movimientos sociales.

---

<sup>1</sup> Agradezco profundamente al PCN y especialmente a la gente del Palenque El Congal por compartir conmigo su saber y experiencia.

Durante los últimos años ha aflorado un sinnúmero de debates sobre el lugar otorgado al género en las agendas políticas de movimientos sociales que reivindican la identidad étnica.<sup>2</sup> La red de movimientos Proceso de Comunidades Negras (PCN) del Pacífico colombiano no ha escapado a este tipo de discusiones. Se le cuestiona el hecho de dar excesiva centralidad a la identidad étnica, relegando la de género. Se trata de controversias tan polémicas como urgentes que ponen sobre la mesa preguntas sumamente interesantes: ¿De qué manera el vínculo entre la identidad étnica y la de género repercute sobre un movimiento indígena o afro? ¿Qué aspectos del feminismo fortalecerían a dichos movimientos y viceversa? ¿Qué puede aportar el saber producido por un movimiento étnico al feminismo, en tanto que teoría social crítica? Este tipo de preguntas cobran especial relevancia en el caso colombiano, en el que son imprescindibles las apuestas conjuntas por la paz.

Desde esta perspectiva, el *propósito* de este artículo es trazar los cambios del PCN respecto al tema de la identidad de género. Más específicamente, me interesa entender el modo como las relaciones mediadas por la identidad de género han ido constituyendo un desafío para esa red de movimientos. Seguiremos la trayectoria del PCN al respecto, a partir de *tres momentos* que esbozan sucintamente sus cambios frente al tema de género, las condiciones en que han sido posibles dichos cambios y los desafíos que estos nos plantean para seguir pensando el tema de la identidad, no sólo desde la academia sino también desde los movimientos sociales —en tanto que productores de prácticas intelectuales (Mato 2001).

Esta trayectoria la defino con base en las entrevistas con algunas activistas del PCN, la mayoría del Palenque El Congal de Buenaventura. En ese sentido, el material de esta reflexión y parte de la misma es producto del Palenque y de las discusiones que mantuvimos. Lo anterior no significa que mi perspectiva sea neutra. Siendo mestiza, no pretendo una mirada afro. Tampoco la de una experta ‘pacifóloga’. Pero la imposibilidad de experimentar a plenitud el Ser negro del Pacífico, no me impide un compromiso por evitar aquellas relaciones de género que producen sufrimiento; mucho menos, un compromiso con la gente. Esta lectura, indudablemente interesada, resulta de afinidades entre activistas e investigadora pero, sobre todo, de afinidades entre las experiencias de mujeres y de mujeres respecto a hombres, que en su vida cotidiana se dejan asaltar por la duda de otras formas posibles de ser y amar; formas que nos alejan del sufrimiento y a la vez apuestan por tender puentes entre lo dicho y lo hecho, entre el discurso y la práctica;

---

<sup>2</sup> Es el caso de los movimientos indígenas mexicanos. La revista *Debate Feminista* es una excelente fuente para seguir esta discusión.

un nexo sin el cual es imposible la transformación social. Antes de trazar el recorrido del PCN respecto al tema del género, plantearé algunas precisiones teóricas sobre la identidad y los movimientos sociales.

### **Algunas precisiones teóricas sobre identidad y movimientos sociales**

De hecho, el estudio de los movimientos sociales en América Latina tuvo un importante auge durante esa década, cuando la academia empezó a distinguir entre las movilizaciones que, siguiendo el esquema convencional articulaban su lucha en torno a un sujeto de derecho (como el movimiento obrero o la primera ola del feminismo, o feminismo de la igualdad), y aquellas otras que de manera ‘novedosa’ reivindican sus derechos en torno a un sujeto identitario (como el movimiento homosexual, la segunda ola del feminismo o feminismo de la diferencia, los movimientos étnicos, etc.). Con esta distinción analítica entre *viejos y nuevos movimientos* se renovaron los análisis de la acción colectiva del continente, centrados durante los sesenta y setenta en los temas del desarrollo y la revolución. Los análisis funcionalistas y marxistas se quedaban cortos para dar cuenta de las demandas y estrategias planteadas por este nuevo panorama de la acción colectiva. Ya no bastaba con reconocer al proletariado o al ‘pobre’ (a desarrollarse) como protagonista de la acción social, a su relación con el Estado, el mercado o las empresas, como la articuladora del orden societal, ni a los cambios radicales (revolución o modernización) como la meta final de dicha acción (Mires 1993). Era necesario renovar el análisis de la acción social para poder captar la fuerza política de las movilizaciones del momento y sus desafíos a las maneras autoritarias y jerárquicas de hacer política.

En ese sentido, los movimientos sociales ponían además de manifiesto las limitaciones del sistema político para dirimir los conflictos sociales. Como sostiene Offe (1988), los movimientos sociales inauguraron un ‘nuevo paradigma político’ cuando empezaron a cuestionar la falta de legitimidad de los mecanismos democráticos del sistema político existente, basado en el fordismo y el estado de bienestar (o la promesa de alcanzarlo) y en las estrechas relaciones que ambos promueven entre partidos políticos y sindicatos. Al cuestionar la dificultad de resolver los conflictos dentro de los parámetros institucionalizados, los movimientos sociales abrieron la posibilidad de desarrollar otras formas de hacer política introduciendo: nuevos temas a dirimir, otros protagonistas y prácticas democráticas alternativas a las convencionales. Con ello, los movimientos apostaron ya no por un proyecto histórico en concreto, sino por una crítica al modelo específico de racionalidad desarrollado por la modernidad.



Para contar con herramientas analíticas que captaran la manera como los movimientos luchaban contra el sistema político predominante y, al mismo tiempo, evidenciaban las limitaciones de éste, fue necesario el giro interpretativo que vivieron las ciencias sociales del continente desde mediados de los ochenta. Este giro animaba a dejar de estudiar los factores del desarrollo para ocuparse más bien de los *procesos de construcción de sentido de la vida cotidiana*. Una contribución clave al respecto fue la redefinición de cultura ofrecida por los *estudios culturales*. Este campo interdisciplinario, que empezaba a gozar de gran acogida en algunos círculos académicos, proponía abandonar la concepción humanista de la cultura y sustituirla por una noción estructuralista. Entender la cultura como bienes simbólicos cuya producción, distribución y consumo son puestas en marcha por los dispositivos institucionales, permitía superar las visiones marxistas ortodoxas que reducen la cultura a un correlato de la infraestructura capitalista. Con ello la cultura dejaba de entenderse como un privilegio de las elites o, por el contrario, como el último reducto del *ethos* popular. Específicamente en el estudio de los movimientos sociales, esta redefinición de la cultura incorporó un importante tema de discusión: ‘las políticas culturales’.

Una vez abandonado el concepto de cultura como sistema de valores, el término ‘políticas culturales’ adquirió otros sentidos. Por un lado, fue entendido como un conjunto de ‘prácticas sociales’ más que de agendas de intervención/inversión en actividades ‘tradicionales’. Por otro lado, el término políticas culturales se redefinió como prácticas *no limitadas al ámbito estatal*, es decir, como prácticas que llevan a cabo una multiplicidad de actores sociales. Ambos sentidos redefinieron las políticas culturales como estrategias de apropiación de ciertas prácticas culturales según sus efectos políticos.

Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino definen políticas culturales como: “[...] el proceso por el cual diferentes actores políticos, marcados por, y encarnando prácticas y significados culturales diferentes, entran en conflicto con otros actores, al promover prácticas culturales que redefinen lo que cuenta como político” (2001:25-25). Este concepto resalta el *vínculo constitutivo entre la cultura y lo político*, reconfigurando los parámetros que definen lo que es un movimiento social. La ‘cultura’, entendida como conjunto de significados que integran las prácticas sociales, no puede ser comprendida adecuadamente sin considerar las relaciones de poder relativas a dichas prácticas. Así mismo, la comprensión de la configuración de esas ‘relaciones de poder’ no es posible sin reconocer su carácter cultural activo, en la medida que expresan, producen y comunican significados (Escobar, Álvarez y Dagnino 2001). Pero este concepto resalta, además, la ‘dimensión identitaria’ de los movimientos sociales. El hecho de que ciertas

movilizaciones desde los ochenta, sin dejar de lado la reivindicación de las décadas previas por la igualdad, introducen en el plano político la lucha por la diferencia. Las categorías identitarias adquieren entonces un carácter político. No sólo se lucha por acceder a los mecanismos de poder sino por reivindicar identidades basadas en la diferencia.

Sin embargo el vínculo entre ‘cultura’, ‘poder’ e ‘identidad’, tejido por el concepto de ‘políticas culturales’ sigue dejando interesantes interrogantes para seguir repensando los movimientos sociales. La noción de poder de este concepto remite exclusivamente al conflicto entre actores que parten de *distintos* referentes culturales para construir su identidad, pero no considera el conflicto entre actores que *comparten* una misma identidad cultural. Considerar este segundo aspecto es fundamental para analizar a los movimientos sociales; ya se ha insistido reiteradamente en la necesidad de contemplar las heterogeneidades, conflictos, y ambigüedades presentes en sus dinámicas internas (Bendford 1997, Slater 2001). Estos aspectos propios de las crisis de los movimientos, junto a sus logros, trazan su historia y, sin embargo, tienden a ser obviados en los análisis por considerarlos aspectos ‘negativos’ que no benefician al movimiento, ni al propio análisis.

El *punto de partida* de esta investigación es que *la dinámica por la cual un movimiento abre espacios para las contradicciones y los conflictos, potencia sus políticas culturales frente a otros actores sociales*. Este planteamiento implica que, además de las diferencias con respecto al ‘exterior’ de un movimiento, pensemos cómo operan las diferencias al interior del mismo. Esto es preguntarnos: ¿cómo se producen exclusiones en el seno del propio movimiento?; ¿de qué manera un colectivo corre el riesgo o no de reificar sus fronteras de inclusión/exclusión?; ¿cómo puede generar diferencias productivas e inclusivas para articular acciones políticamente potentes? o, por el contrario, ¿cómo puede generar exclusiones que inmovilizan? Son preguntas que vinculan el tema de la diferencia al de la igualdad pero no en el sentido de Mismidad ni de inclusión sin límites, sino en el sentido de conocer las estrategias del movimiento para vincular la igualdad y la diferencia.

Posturas como la del PCN frente a la identidad de género pueden emplazarnos en posiciones muy confrontadas. Por ejemplo, desde una perspectiva cuya aspiración fuera que la mujer alcance el ‘supuesto’ estatus plenamente libre y autónomo del hombre, se podría pensar que las activistas del PCN no han sido conscientes de la opresión de género porque están sometidas y alienadas bajo el mandato del patriarcado. Por el contrario, si entendemos la cultura como una entidad pura (es decir, un sistema simbólico coherente), se podría considerar que un movimiento identitario como este no tiene por qué problematizar el género, y que

hacerlo significaría imponer a la cultura negra un discurso moderno como el feminista. Así mismo, si se confunde mujer con género, se podría argumentar que un movimiento como el PCN no tiene necesidad de abordar este tema, pues está aventajado con respecto a otros movimientos, ya que algunas de sus líderes mujeres —como es cierto— gozan de respeto en las esferas políticas del país.

Pese a estas cómodas y simples posturas, el PCN y, sobretudo algunas de sus activistas mujeres han venido realizando importantes esfuerzos por cuestionar las relaciones de género. Un sinnúmero de actividades relativas a este tema, en sí mismas, comprenden intervenciones tanto en las comunidades negras como en el propio movimiento. Algunas se han realizado por demanda de agentes externos —incluyendo la academia—. Sin embargo, analizar la presencia del tema de género en el PCN, considerando si la motivación de tratarlo ha sido propia o no, puede ser importante en términos de alianzas políticas. Podemos estar de acuerdo o no con las estrategias de un movimiento, criticar su potencia, etc. Pero hay que tener presentes ciertas precisiones a la hora de analizar las estrategias de los movimientos respecto a la identidad que reivindican, para que *no demos por sentada la construcción de lo político*; en este caso, de la lucha de género definida de una determinada manera.

Cuando nos sentamos a conversar con los/las activistas de un movimiento o por la experiencia de haber participado en uno cualquiera, resulta bastante confrontador tener que escuchar relatos sobre las dificultades de ser un/una activista o de permanecer en el movimiento. La trayectoria de los movimientos no sólo es de éxitos y alegrías. Está plagada de conflictos, contradicciones y abismos que se van abriendo y cerrando, que nos llevan más allá de la visión romántica de las movilizaciones armoniosas. En esta línea, es más que pertinente la propuesta de Chantal Mouffe (1993) de dejar de entender la política exclusivamente en términos de consenso. Como ella señala, la política no sólo tiene la raíz de ‘polis’ que alude a vivir conjuntamente sino que, además, tiene la raíz ‘polemos’ que alude a lo polémico, lo conflictivo. A partir de esta doble raíz, propone distinguir entre *la política* entendida como *consenso* y *lo político* entendido como *disenso* y considerar un aspecto central de las prácticas democráticas a la tensión entre el consenso —de los principios de lucha— y el disenso —respecto a su interpretación— (Mouffe 1993). Siguiendo a la autora, considero crucial incorporar la ‘dimensión del disenso’ en el análisis de la identidad construida por los movimientos sociales. En la medida en que un movimiento construye una identidad (consensuada), abriendo espacios de disenso, se podrá mantener vivo. Pero, el riesgo de abrir dichos espacios y aventurar salidas, puede resultar un ejercicio tremendamente subversivo.

Hay otra precisión teórica a tener en cuenta para no dar por sentada la construcción de lo político: analizar la presencia del tema de género en un movimiento como el PCN, considerando si la motivación de tratarlo ha sido propia o no, requiere recrear la figura del *actor social libre* que elige o que, por el contrario, permanece *alienado* por no tener conciencia de su operación. Ambas perspectivas anclan el análisis de los movimientos dentro del marco binario que ubica al poder en un espacio puro y ajeno a las resistencias. Si bien los movimientos sociales pueden ser entendidos como 'lugares de *resistencia*' frente a los aparatos de poder, también es necesario entenderlos como lugares donde se recrean relaciones de *poder*. Ya Deleuze y Guattari (2000), siguiendo la analítica del poder de Foucault, advertían que las asimetrías de poder no sólo tienen un componente macro, sino que también son reproducidas por nuestras acciones a nivel micro. Y más importante todavía, son reproducidas por la propiedad que tiene el poder de circular de un nivel a otro. De ahí que estos autores sostengan que el poder no sólo tiene un *componente molar* (como el poder del Estado) que sobre-codifica y centraliza las múltiples diferencias en categorías binarias y abstractas (etnia, género, clase, etc.); el poder también tiene un *componente molecular* que opera a nivel micro, gracias al cual recreamos y perpetuamos esas macro-categorías en nuestras vidas cotidianas. Asumir esta 'doble dinámica del poder' abriría una puerta para conocer las *prácticas de resistencia* que constantemente despliegan los movimientos para evitar que aquellas relaciones de poder —que inevitablemente existen en su interior— devenguen en relaciones de dominación. Desde mi punto de vista, este tipo de ejercicios son tremendamente subversivos, en la medida en que les permiten a los movimientos conjurar el incesante peligro de in-movilizarse.

Por último, vale la pena recordar con Butler (2001 [1990]) que las prácticas sociales de cualquier actor social, incluyendo a los movimientos (y a los/as investigadores/as), nunca pueden ser performadas del mismo modo, y que justamente la imposibilidad de reproducir exactamente las normas sociales abre la posibilidad de subvertirlas. Una posibilidad que, como bien advierte esta autora, está lejos de ser garantizada, pues toda práctica social por ser alternativa no necesariamente es subversiva. Esta distinción suele olvidarse cuando se analizan los procesos identitarios de los movimientos sociales y terminamos adjudicándoles una imagen heroica a la espera de que siempre la mantengan. Olvidamos que los/as activistas, al igual que quienes investigan, abrigan esperanzas plenas de deseos contradictorios, pero no por ello ilegítimos.

Estas son algunas precisiones que nos invitan a asumir a los *movimientos como anti-héroes*, para así poder ampliar nuestra visión del ejercicio político y de los procesos de sujeción a través de los cuales construyen identidades. Nada de lo anterior exime al PCN de la necesidad de trabajar más a fondo las relaciones de género. Mucho menos anula el sufrimiento que

pueden producir algunas. Lo importante es entender cómo esa red de movimientos ha trabajado en y sobre las relaciones de género y cómo puede seguir haciéndolo, más allá de cumplir con una agenda política de etnicidad o de género dada de antemano. Interesa más comprender cómo los disensos en torno a este asunto suscitan ciertos efectos a partir de los cuales es posible imaginar futuros cambios, no sólo en las relaciones de género, sino también en el mismo movimiento. Importa ver cómo su lucha no se agota en la defensa de lo negro por lo negro y da cabida a deseos vinculados a otros condicionantes históricos de su acción política.

En este punto resulta útil una propuesta de la epistemología feminista. Con el fin de evitar los esencialismos y universalismos de ciertos análisis de género, se plantea la necesidad de la ‘implosión’ de la categoría ‘mujer’; la intención es hacer emerger las múltiples posiciones de género derivadas de un proceso de sujeción atravesado por relaciones de poder asimétricas, según la etnia, clase, edad, orientación sexual, u otras categorías (Correa y Figueroa 1994). Desde mi punto de vista, la ‘implosión de la identidad’, más que una estrategia, podría tomarse como un *efecto* de las estrategias desarrolladas por un movimiento para dar cabida a los procesos de sujeción que acompañan la construcción de toda identidad; es decir, a los condicionantes vinculados a otras identidades distintas a la que se reivindica, y que también marcan el activismo. Se trata de un proceso nunca certero, pero sí políticamente urgente, en la medida que evita que merme el potencial del movimiento. En el caso del PCN, hablaríamos de la ‘implosión de la identidad étnica’. Sin dejar de anclar su lucha en la defensa de esta identidad, el PCN —con mayores o menores dificultades— ha ido desarrollando estrategias para dar cabida a las diferencias de género. Son apuestas del movimiento por no reproducir en su interior la opresión de género co-extensiva al conjunto de la sociedad. Por el momento, veamos cuáles son los momentos en la historia del PCN respecto a esta apuesta.<sup>3</sup>

### **Avatares de la generización de la etnia negra en el PCN**

Con fines analíticos distingo tres ‘momentos’ que han marcado un punto de inflexión en el modo como esta red de movimientos ha trabajado *en y sobre* el tema de la identidad de género: a) radicalidad frente a ‘asuntos de’ mujeres, b) ambigüedad con los problemas de género, y c) apertura a explorar las vivencias en las relaciones de género.

---

<sup>3</sup> Actualmente estoy discutiendo con el PCN las estrategias que, a mi parecer, ha venido desarrollando el movimiento para dar cabida a los disensos de género.

### a) *Radicalidad frente a “asuntos de” mujeres*

Desde 1991 hasta 1994, la estrategia del PCN de articular su lucha alrededor de la identidad étnica fue imprescindible para consolidar el movimiento. En palabras de una activista, esta primera etapa de construcción de la identidad negra fue:

[...] un periodo eminentemente comunitario. La carga emotiva es mayor en el trabajo que hacemos organizativamente porque es un ejercicio mutuo; de la gente del río de reconocerse en su práctica: ‘un espejo donde gano conciencia de lo que soy’. Y a nosotros, los que tuvimos el privilegio de vivirlo, nos permitió saber de dónde veníamos [...] que al menos, esa historia que uno lee no fuera tan lejana; estaba ahí. ¡Era viva!... Estábamos haciendo un trabajo organizativo, con proyección política, pero al mismo tiempo estábamos llenando vacíos, ausencias”.

Un trabajo de semejante magnitud, dirigido a reinventar la identidad negra del Pacífico, restringió las agendas políticas y los idiomas reivindicativos del movimiento. Durante este primer periodo, el PCN recibió fuertes críticas por radicalizar la visión de lo negro y excluir demandas relativas a otras marcas identitarias. Estas críticas pusieron en evidencia las tensiones entre algunas organizaciones de mujeres y las instancias del PCN, debido a que el movimiento anteponía la defensa de la identidad negra y obviaba los problemas de género (Asher 1998, Camacho 2004). Ciertamente, en este primer periodo, el movimiento mantuvo una tendencia bastante centrada en las reivindicaciones de lo negro. Una activista del Palenque El Congal, explica:

A nosotros como Proceso de Comunidades Negras siempre nos vieron radicales; aquí [a la oficina] nadie podía llegar con el pelo alisado. Era un momento en que había que ser así pa’ hacerse sentir. Que la gente asimilara [...] Son como momentos donde se requiere ser bien fuerte. Ahora ya hay otra forma.

A pesar de la radicalidad del PCN al respecto, se potenciaron actividades específicamente dirigidas a mujeres de zonas rurales. A ello contribuyó el hecho de que a partir de los ochenta empezaron a consolidarse en el Pacífico las ‘prácticas desarrollistas’. Como es sabido, el discurso del desarrollo ha sido una importante arena de debate para el feminismo y viceversa.<sup>4</sup> Como expli-

---

<sup>4</sup> De hecho, una interesante vía para conocer los cambios del modelo de desarrollo desde su nacimiento —a mediados del siglo pasado— hasta hoy, son los debates al interior del feminismo en relación a su vincula-

ca Sonia Álvarez (2001), la adopción cada vez más generalizada de la ‘perspectiva’ de género en los programas de desarrollo ha facilitado el acceso de las feministas a las instancias gubernamentales, pero también trajo como consecuencia el riesgo de la desmovilización política del feminismo. En el caso de la región del Pacífico, el vínculo entre el desarrollo y el feminismo también ha sido un fructífero terreno de debate. Científicos/as sociales, algunas veces feministas, en calidad de expertos/as, apuestan por incorporar la mujer a los programas de desarrollo. Por el contrario, posturas críticas, muchas veces feministas (Lozano 1996, Rojas 1996, Álvarez 2000), cuestionan a las instituciones desarrollistas —incluida la ciencia— por los efectos perversos que dicho modelo de cambio provoca, no sólo en la vida de las mujeres, sino de comunidades enteras. Por su parte, los movimientos sociales —en tanto impulsores de modelos de desarrollo alternativo— se han apropiado de los discursos de género puestos en circulación por este fructífero debate, y han construido su propia perspectiva al respecto.

En el marco de programas de desarrollo dirigidos a mujeres de las comunidades, el PCN realizó acciones de muy diversa índole: actividades productivas, desarrollo de líneas de crédito, fortalecimiento organizativo, recuperación de plantas medicinales y comestibles, entre otras. Aunque esas actividades no tenían como eje central la identidad de género, fueron aprovechadas —sobre todo por las activistas— para problematizar este ámbito. Como explica una de ellas:

Con la W [WF] estamos cuadrando unos eventos con mujeres piangüeras, para mirar cómo es la historia de la piangüa, por qué la piangüa es un recurso. Todos los días la mujer sale a piangüar. Las mujeres se enferman; se van entre el barro hasta aquí (la cintura), tienen enfermedades vaginales, las pica la culebra porque meten la mano allá en la cueva (arena, barro) pa’ buscar la piangüa. Les dan infecciones en la piel. Se van desde las cuatro de la mañana hasta las dos de la tarde al manglar. Así llegan con dos docenas de piangüa, una docena cuesta ahora 300 pesos [10¢ de dólar estadounidense]. Aquí la venden a 500 pesos. No se puede ir todo el día por tres docenas de piangüa. En Mallorquí, hicimos la cuenta, de 250 mujeres piangüeras, así por encimita. Porque allá todas las

---

ción con las agencias de desarrollo. Sucintamente, las principales figuras de dichos debates han sido: Comité sobre la Situación de la Mujer de la ONU (años sesenta); Grupo Women In Development (WID) (años setenta); Women And Gender (WAD) (años ochenta); Grupo Women, Develop and Enviroment (WDE) (años noventa); y el Grupo ‘Gender And Development’ (GAD) y el Grupo “Development Alternatives with Women for New Era” (DAWN) (a partir del 2000).

mujeres son piangüeras, sin contar las niñas, porque ellas también van a piangüar. Entonces organizamos un programa con la W [para que las del] Ecuador compren la piangüa acá con cocha y todo y allá las críen; con las conchas hacen losas. Hay piangüeras del Ecuador, que se vienen a dañar el manglar, porque ellas trabajan con machete, cortando la raíz y dañan el manglar. Al evento no fue ninguna mujer porque el marido no las dejaba. Esto ya se volvió una cosa arraigada, parte de la cultura, por eso digo yo que hay cosas de la cultura, que no reivindico. Así me digan que eso es muy cultural... ¡La cultura se construye y cambia!.

En este caso, a pesar de que la biodiversidad es central en el programa, el género se incorpora como categoría analítica. Podríamos pensar que dicha inclusión es una muestra del sometimiento de las activistas del PCN a aquellos discursos desarrollistas que prometen el ‘progreso’ de la mujer. Pero las activistas del PCN, al igual que los/as investigadores/as, son sujetos de deseo y sus aspiraciones desbordan los sueños desarrollistas, en el sentido de que vivir en el ‘Tercer Mundo’ y desear una mejora de las condiciones de vida, cuestionando por ello a los modelos de género que ofrece la propia cultura, no significa necesariamente plegarse al discurso del desarrollo (Flórez-Flórez 2002). El deseo de no cumplir a cabalidad con el modelo occidental de ‘mujer liberada’, tampoco significa doblegarse ante la opresión de género. Sin duda, la reapropiación de los discursos del desarrollo involucra procesos más complejos que la polarización, y las activistas del PCN empezaban a dar pasos en esta dirección.

Otra importante condición que posibilitó abordar el tema del género fue la ‘doble labor’ de activistas negras latinoamericanas, de cuestionar la identidad étnica dentro del feminismo, por un lado, y de resaltar las diferencias de género en el seno de los movimientos negros de los que forman parte, por el otro. En el primer caso, se denuncia el racismo y la discriminación al interior del feminismo. Como dice Sergia Galván (1995), los asuntos étnicos siguen siendo un tabú en el movimiento feminista latinoamericano. Su abordaje ha sido crucial en términos de cuotas de participación, del diseño de actividades, de la concesión de ciertos reclamos, pero nunca se ha considerado como un compromiso político frente al racismo en el que se ha sustentado el quehacer feminista. Este tipo de denuncias, afines a las planteadas por ciertas feministas afroamericanas a mediados de los ochenta<sup>5</sup>, se enmarcan dentro las

---

<sup>5</sup> En el ámbito de la literatura, Haraway (1995) cita el esquema propuesto por Christian sobre la historia de la conciencia de las mujeres escritoras africanas: autodefinición y atención a las mujeres ordinarias de raza oscura en los cincuenta; búsqueda de la unidad en la negritud compar-



perspectivas del feminismo postcolonialista (Mohanty 1991, Spivak 1999, o Trinh Min-Ha 1989, entre otras) que cuestionan el etnocentrismo universalizante de ciertos feminismos que asignan a la mujer del (mal llamado) Tercer Mundo la posición de la víctima por excelencia de las culturas patriarcales ignorando otras formas de opresión de las mujeres distintas a la de género (como sería en este caso, la discriminación vinculada a la etnia).

En el segundo caso, muchas activistas negras han dedicado un valioso esfuerzo a trabajar los aspectos de género al interior de los movimientos afro en los que participan. En el caso de Colombia, como señala Asher (1998), es cierto que el hecho de que algunas de ellas destaquen en la arena política no significa que sean sensibles a las preocupaciones de la mujer. Pero, desde mi punto de vista, lo anterior tampoco quita que muchas activistas dedican importantes esfuerzos a visibilizar el valor de las mujeres negras, tanto en las comunidades como en las propias organizaciones de las que forman parte.

Para el PCN ha tenido especial importancia la Red de Mujeres Negras del Pacífico. Dicha red fue creada en 1992, con el objetivo de:

[...] lograr la comunicación y lazos de solidaridad entre las distintas organizaciones de mujeres y mixtas; impulsar el desarrollo de las organizaciones de mujeres a través de la formación y capacitación; reforzar la identidad étnica, estudiar la realidad de las necesidades de las mujeres; sensibilizar a la mujer en el manejo, uso sostenible de los recursos naturales y el medio ambiente (Rojas 1996:213).

Algunas activistas del PCN forman parte de la red en calidad de mujeres (más que de participantes del movimiento). Indiscutiblemente, su participación imprime en la Red el sentido político de la identidad negra, contribuyendo así a combatir el (endo)racismo dentro de las organizaciones de mujeres. Como explica una activista:

Si uno está acá, donde esté, va a tratar el tema [de la identidad negra] pero no como del Proceso [PCN], sino como otro compromiso. Como mujeres del Proceso allí, pero no como Proceso... [El trabajo con la Red de Mujeres Negras del Pacífico] fue un trabajo en Guapi, en Tumaco

---

tida en los sesenta; exposición al sexismo en la comunidad negra en los setenta; emergencia de una cultura diversa de las mujeres negras comprometidas en encontrarse a sí mismas y en hacer conexiones trascendiendo a la raza y a la clase en los ochenta.

y acá en Buenaventura. Era de fortalecimiento organizativo; [dirigido] a las actividades productivas y todo el trabajo ya de identidad, de desarrollo, de territorio y fortalecimiento de las actividades productivas que tenían las mujeres en cada uno de sus grupos: panaderas, modistas, recicladoras. Entonces se hicieron capacitaciones y se compraron equipos para fortalecer esas actividades [...]. Se hacían mesas de trabajo donde venían las mujeres de Guapi y Tumaco, y las de Buenaventura [...] Las mujeres de todas maneras han venido haciendo su trabajo de identidad y de fortalecimiento de sus actividades productivas. Ya con el proyecto se mete todo lo demás de identidad y de fortalecimiento de actividades productivas, y todo lo organizativo. Y como son mujeres negras, que están en varias zonas, entonces le colocamos ese nombre. Pero aún el nombre 'Mujeres Negras' está en discusión, porque para algunas era discriminar, así fueran negras. Usted le habla a alguien del proceso [PCN] de mujeres negras y nadie se siente discriminado, pero acá [en la Red de Mujeres Negras] sí. A pesar de que son negras, hay problema de identidad, entonces no son del Proceso. Ahí se marca la diferencia. En Buenaventura, del Consejo de Mujeres —del que yo hago parte— somos más de 22 grupos. Y la cooperativa de Tumaco, la de Guapi, la Red de Mujeres de Bahía Solano y del Valle son otras clases de mujeres; mezcladas, mestizas, negras, todo. En el Valle había un problema de identidad. Por ejemplo, las mujeres no usaban zapatos abiertos porque consideraban que sus pies eran feos. Fue todo un trabajo de identidad. Acá no hay ese problema con la gente del proceso. Entonces son cosas que marcan la diferencia [...] [Pero] ya existían las organizaciones [de mujeres] y empezamos a fortalecer un vínculo de red, más comunicación; qué está pasando en cada sitio; intercambio de experiencias, del conflicto.

A la vez, la participación de las activistas del PCN en la Red de Mujeres Negras, empapaba al primero del sentido político de las diferencias de género. Como explica una de las activistas del PCN que participa en esa Red:

Lo de género aquí adentro, como una línea de trabajo, no ha estado. No es que no quieran, no. Es como la visión porque en todos los talleres se trabaja... Se hace un taller y usted ve la cantidad de mujeres que están metidas en la cocina, y va al taller y [hay] poquitas; de esas [son] menos las que hablan; y uno las ve en la cocina hablando de lo

que se está hablando acá [en el espacio del taller]. Uno siente que cuando se convoca un taller, ellas piensan que es pa' los hombres. De hecho algunas lo han manifestado, y ¡no!, el taller es pa' todos. En Yurumanguí el nivel de participación es alto pero dicen que si bien ellas participan y proponen, las propuestas de ellas no las tienen en cuenta. En otras partes, no participan en las reuniones, sino que tienen otros roles como pa' los muertos, los enfermos, cosas muy específicas. Ya uno en el trabajo empieza: 'bueno, ¿las mujeres qué piensan?'. En la investigación, por ejemplo de espacios territoriales: qué hacía el hombre y qué hacía la mujer; y la mujer es la que más usa el territorio, lava ropa, recoge el agua, cultiva. En lo del producto, cuando es el hombre el que pesca ¿quién coge la plata?; si es la mujer la que pesca, ¿quién coge la plata?, ¿quién manda?, ¿quién obedece?, ¿a quién se le obedece más?; los roles de los niños de acuerdo a la edad, ¿cómo van cambiando a medida que crecen los hombres?, ¿por qué las mujeres sí siguen haciendo lo mismo?.

Además, la participación de algunas activistas del PCN en las luchas reivindicativas de la mujer ha marcado no sólo el trabajo con las comunidades, sino también la propia vida y la perspectiva del movimiento. En este sentido una activista sostiene:

[...] yo nunca pensé llegar a la libertad que yo tengo y de esa autonomía frente a la relación con [mi pareja] y frente al mismo PCN [...] Creo que si no estuviera en este proceso de reivindicación de libertad de la mujer, de los derechos que tiene como persona, yo no hubiera podido decir eso ni aplicarlo; porque una cosa es decirlo y otra aplicarlo... y lo aplico [para] defender mis espacios como Carmen.

Aunque la participación de estas activistas en las organizaciones de mujeres no significó un cambio inmediato y 'mágico' en la postura radical del PCN respecto al género, sí fue imprescindible como referente para debatir el tema.

### ***b) Ambigüedad con los problemas de género***

Ya en 1994 el tema de los 'asuntos de mujeres' empezó a discutirse en el movimiento pero bajo otros términos: 'problemas de género'. Esta perspectiva no estaba exenta de ambigüedades, como queda ilustrado en una entrevista con activistas del Palenque El Congal de Buenaventura

(Escobar y Pedrosa 1996). Por ejemplo, se reconocía la necesidad de una lucha étnica que incluyera las diferencias de género y, sin embargo, en algunos casos reducían la aplicación de la categoría 'género' a la de 'mujer'. Así mismo, a pesar de que aceptaban la falta de iniciativa de los activistas para cambiar las relaciones de género en sus hogares (un espacio cotidiano más allá del activismo), terminaban por atribuir dicha responsabilidad a las mujeres. También aceptaban el gran valor político de las activistas y la necesidad de abordar el tema de la mujer desde una perspectiva propia de las comunidades negras, pero también reconocían su molestia ante la presión de ciertas instituciones para que incorporaran en su agenda el tema del género. Por último, apostaban por levantar un proceso organizativo de mujeres dentro de las comunidades negras, pero desconocían las contribuciones de estas organizaciones. De hecho, hablando del por qué no se aborda el asunto del género al interior del movimiento, respecto a la Red de Mujeres Negras, afirmaron que ésta es: "[...] una dinámica que en términos organizativos aportará mucho al desarrollo de las luchas pero que, pese a que es más o menos análoga a este esfuerzo que se está haciendo, a éste no le aportó nada" (Escobar y Pedrosa 1996:258-259).

Es interesante su reticencia a abordar temas de género por considerar que circunscriben las reivindicaciones a la mujer y excluyen al hombre. Como señala Angélica Nández (2002), en muchos lugares de América Latina, la poca identificación con la concepción antagonica se debe a que la postura 'feminista' implica para el 'sentido común' que las mujeres están enfrentadas y a la defensiva con los hombres y los asuman como bando enemigo. En aquellos contextos, en los que no hay una sobredeterminación del género debido a que las diferencias de clase y etnia (ambas asociadas) han sido constituyentes de la exclusión social, es difícil que las mujeres puedan concebir que sus problemas son iguales y, además, responsabilizar al grupo antagonico 'hombres', antes que sentir que sus problemas (y los de 'sus' hombres: marido, hijos, hermanos, abuelos, etc.) son un producto complejo de la exclusión social. Según la autora, esta tendencia a rechazar el 'feminismo', en tanto que postura 'antagónica con los hombres', además podría estar asociada a la predominancia cultural de lo que Moreno (1993) llama la 'episteme de la relación', como modo de conocer y estar en el mundo que privilegia la relación sobre el individuo y hace que las primeras sean constitutivas del Yo. Por lo tanto, antes que el individuo está la comunidad o la trama de relaciones que se da estructuralmente en una lógica relacional-afectiva (Moreno 1993). En esta dirección, Nández (2002) sugiere que el análisis del poder inherente a la constitución de la identidad de género, antes que partir de un 'Yo individual' que establece relaciones, debería hacerlo desde un 'Yo-relación' que, para enfrentarse a la cotidianidad, acude a redes de relaciones humanas, que entiende el mundo más en términos

de comunidad que de sociedad y que apela a una razón afectiva antes que a una razón racional. De este modo, el trabajo del género no excluiría a los hombres y se orientaría a las relaciones de género; independientemente de que sea llevado a cabo por mujeres, por hombres o por ambos, las reivindicaciones en este ámbito siempre afectarían la relación. Como afirma el Movimiento de Mujeres Negras de Quito, el hecho de que ellas mismas propongan alternativas a los problemas que las aquejan, no significa de ningún modo separarse o excluir a los hombres de su accionar político, ni tampoco provocar la división de las organizaciones negras.

Pero ese no fue el camino que tomó el PCN en ese momento. Y a pesar de que se mantuvo la equivalencia entre las categorías ‘género’ y ‘mujer’, su inicial postura de radicalidad a tratar el tema, pasó a ser ambigua al respecto. A ese cambio contribuyó el hecho de que para entonces ya la identidad negra había cobrado un carácter político en el imaginario social colombiano. Y tras consolidar una importante base del objetivo de la lucha del movimiento, el PCN estaba en condiciones históricas de empezar a abrir espacios de disenso interno. Esta posibilidad histórica surgió, además, porque para entonces empezaron las negociaciones entre el Estado y las organizaciones negras para reglamentar la Ley-70, a raíz de lo cual afloraron graves diferencias entre dichas organizaciones. En el caso del PCN, el intenso ritmo de interlocución con el Estado también afectó la dinámica interna del movimiento. Como sostiene una activista:

Del 94 al 98 es una cosa más racional. Es una cosa frente al Estado [...] Cuando me encuentro con el otro, es pa’ ir contra él, pa’ sustentar y corriendo; no hay la posibilidad de recrearse, de reencontrarse. Lo que prima es reglamentar pa’ que el gobierno no nos tumbé lo que la ley logró. Nos vinimos por la línea de lo nacional. Empezamos a descuidar lo local. Aparecen responsabilidades personales. Empezamos a abrir puertas internacionales. Empezó la crisis...

Esta crisis significó un punto de inflexión en la trayectoria del movimiento. En ese momento, el PCN inició un debate interno sobre las implicaciones de la etnicización de la identidad negra con respecto al mismo movimiento. Especial énfasis se dio a la necesidad de reconocer las ‘diferentes expresiones de lo negro’ con el fin de poder cuestionar en qué medida las estrategias políticas articulan discurso y acción. Concretamente, un activista plantea que “la resistencia no es sólo para construir la diferencia [sino también] para convivir en la diferencia” (Rosero 1994). Si bien esta revisión interna no llevó directamente a incorporar el tema de género en la agenda del PCN, fue imprescindible para ello,

en la medida que fue un primer intento por replantear cuáles son las fronteras que limitan la in/externalidad del movimiento. Procesos de este tipo, son fundamentales para abrir espacios de disenso, pues como sostiene Melucci (1988) un movimiento no se agota en sus acciones de movilización, y son igual de fundamentales los procesos de negociación de sus fronteras, pues son los que posibilitan la transformación de lo que cuenta como político para el movimiento y evitan por tanto su institucionalización. En ese sentido, el reconocimiento de las diferencias al interior de las comunidades negras, en el marco del proceso de revisión interna del PCN, constituyó un importante ejercicio de disenso que también facilitaba el cuestionamiento del tema de género al interior del movimiento.

Esta apuesta era deseable, pero también difícil. Asumir la hibridez identitaria, en tanto que hecho político, debe negociarse y toda negociación requiere tiempo. Tiempo para los duelos de aquellas formas de ser mujer/hombre que causan sufrimiento, pero además para reconciliarse con otras posibles formas de ser. El PCN, de todos modos, continuó realizando actividades dirigidas a las mujeres. Igualmente, algunas de sus activistas mantuvieron estrechos vínculos con organizaciones feministas, pero en nombre propio y no del proceso. Durante esos años, y a pesar de la ambivalencia del movimiento respecto al género, este tema cada vez fue cobrando más importancia ‘casa adentro’.<sup>6</sup>

Específicamente, en el Palenque El Congal de Buenaventura se empezaron a desplegar estrategias reivindicativas al respecto. Muchas eran estrategias formales. Por ejemplo, se acordaron reglas para el funcionamiento doméstico de la oficina:

La cocina es otro [espacio de reivindicación] informal; en que [se pide que] todo mundo lave su plato, que saquemos un día pa’ hacer la jornada de aseo entre todos. Aquí sacamos un día y vamos a limpiar esas paredes, limpiar todo. Se divide, cada quien hace lo que le toca. Es como parte también, además de todo el discurso en lo cotidiano.

No faltaron las estrategias informales para problematizar las relaciones de género. Por ejemplo:

[Hay cosas] que hay que ir las cambiando. Cuando estábamos en el transitorio 55, se hizo una novena, con unos temas alusivos a nosotros. Entonces hay un día que se habla

---

<sup>6</sup> Expresión que usa el movimiento tanto en Colombia como Ecuador para referirse a los debates que se desarrollan al interior del mismo.

de territorio, un día que se habla de identidad, otro del desarrollo, otro de la mujer. Y nos repartimos los temas, a cada quien le toca un tema; este tema se prepara, hay dramas, hay anécdotas, y se hace una cita bíblica alusiva al tema, donde cada quien da su opinión [...] El día que nos tocaba era el tema de la mujer. Primero, como era el día de la mujer, entonces lo tiene que hacer Libia o Leyla; entonces dije: ‘no, el tema de la mujer lo va a hacer un hombre’. Entonces uno ve allí, cómo están las relaciones de ellos con sus mujeres, sus novias, sus hijas. Entonces ahí se discute todo, a veces se patanea, como ese día; a veces nos da rabia (risas), de todo, pero dentro de todo, con seriedad.

[...] Y ya después cuando ya se volvió como moda lo del género, salió lo de equidad. Entonces la gente empezó a confundir lo de equidad con igualdad [...] Entonces empezaron: ‘nosotros no estamos pidiendo’. Porque aquí hay un problema y uno le dice al compañero: ‘hacéme el favor y me alzas eso allá, que es que yo no alcanzo’, y dice... ‘pa’ eso no es que estaban pidiendo igualdad’. Nosotros estamos pidiendo igualdad de oportunidades, de derecho —yo ahí los molesto; si usted tiene su fuerza bruta, ¡utilícela!—. Entonces los molestamos: ‘vengan todos los de la fuerza bruta’. Pero entonces ellos ahora, como estamos en la igualdad, las mujeres tienen que matarse en todo, yo digo: ‘pues yo no estoy en esa condición, porque yo sé qué cosa puedo hacer, sé qué pueden hacer ustedes pero también sé qué cosas podemos hacer los dos, así de sencillo’ [...] Hay cosas que el hombre puede hacer tranquilamente... Aprender a poner un pañal. Aquí cuando son primerizas, como unas compañeras que van a tener hijo, entonces hacemos una lluvia de regalos, y ponemos a los hombres a doblar pañales, usted viera las embarradas: ‘tiene que aprender a doblar el pañal, pa’ ponérselo al niño’.

El PCN apela al recurso lúdico y a la ironía como una estrategia informal para abordar el modo como el activismo está condicionado por la identidad de género. Y no debemos desestimar la ironía como un recurso para expresar y conocer aquellas relaciones de género que nos producen malestar (Izquierdo 1998).<sup>7</sup> En muchas de esas reivindicaciones (sean formales o informales) es crucial la ‘dimensión performativa’ de la acción en la que se apoya el movimiento para problematizar una temática dada. En este sentido, una activista sostiene lo siguiente:

---

<sup>7</sup> Agradezco a mi compañera Eva Gil este señalamiento.

Yo creo que hay cosas que se cambian en lo cotidiano y eso va cambiando como las pautas de las cosas. Yo digo que no sería feminismo ortodoxo... en el sentido de la bandera y de la declaración feminista en medio de la organización: las mujeres acá y los hombres allá; como al estilo de las feministas en la AGP, que sacaron su declaración y pelearon con todo el mundo para ser ellas, en lugar de articular lo de género en cada una de las discusiones que tenían... Uno construye las relaciones de equidad en las cosas cotidianas, y en la lucha misma; en la práctica, todos los días.

Lo anterior es acorde a la idea de Epsy Campbell (1999) de que las mujeres afrolatinas y caribeñas, históricamente excluidas, más que un discurso han desarrollado una *práctica democrática feminista*. Aquí resulta pertinente la audaz propuesta de Judith Butler (2001 [1990]), para quien la identidad de género es *performativa*, en el sentido de que es el efecto de una reiteración de actos que confirman las normas que marcan los modos posibles (y apropiados) de experimentarnos como hombres o mujeres. Es decir, que las suposiciones acerca del género y la sexualidad normativos determinan aquellas vivencias que entran en el campo de lo inteligible, de lo vivible. La posibilidad de cambio, como mencioné, se deriva del hecho de que es imposible la exacta repetición de la norma y, por tanto, es en su reiteración donde podemos subvertir las pautas de género que nos causan sufrimiento. Sin embargo, como advierte la autora, “empeñarse en fijar el criterio de lo subversivo siempre fracasará” (Butler 2001:21). De cara a la construcción de una agenda política, una consecuencia fundamental de esta propuesta es que prescindimos de un sujeto identitario femenino y esencial en el cual apoyarnos a la hora de proponer reivindicaciones políticas (Gil 2002). En ese sentido no hay una fórmula exacta, y ensayos cotidianos —como los del PCN— son apuestas fundamentales para mover las fronteras que limitan la identidad de género.

### **c) Apertura a explorar las vivencias en las relaciones de género**

Posteriormente, el movimiento ha seguido con su proyecto de construir, en términos de Jesús “Chucho” García (2002), un *sujeto histórico afrodescendiente*. Un planteamiento del movimiento al respecto es “visibilizar la contribución de las mujeres a la construcción del territorio, a la conservación, control y manejo del mismo, entendiendo territorio como: recursos, valores y prácticas culturales” (Arroyo 2002). Desde la cosmovisión de comunidades negras en la región del Pacífico, el territorio no se posee como propiedad; se posee el derecho ancestral; es decir, al uso de los espacios determinados por las dinámicas de la relación naturaleza-cultura. Las actividades socioproductivas se basan



en la disponibilidad de los recursos naturales (tala, caza, agricultura, pesca y minería) y condicionan los roles generacionales y de género; en este último caso, aquellas tareas vinculadas al rol masculino (comercio, pesca en altamar y extracción maderera en los montes) exigen movilidad a lo largo y ancho del territorio. Por el contrario, aquellas vinculadas al rol femenino (cuidado de niños/as y ancianos/as, recolección de plantas medicinales y comestibles en el perímetro que rodea la casa, participación en ritos de paso: nacimiento y muerte, etc.) exigen la permanencia de las mujeres en los asentamientos ribereños, siendo ellas el referente de pertenencia al lugar para sus descendientes. La construcción del territorio implica la apropiación igual de hombres y mujeres, y se plantea la complementariedad de los roles de género (Grueso y Arroyo 2002). Con este análisis, una apuesta de las activistas es resaltar la necesidad de gestionar las desigualdades y sufrimientos producidos por las relaciones de género considerando que, aún cuando hay complementariedad de género en el *espacio socio-productivo del territorio* (construcción del territorio), no hay igualdad en el *espacio político* ni en el *ámbito familiar* (Grueso y Arroyo 2002). Desde mi punto de vista, esta importante apuesta de las activistas por reflexionar sobre las desigualdades de género al interior de las comunidades negras pasó desapercibida. Posiblemente, debido a que escogieron el desafortunado calificativo ‘complementario’, para designar la división de roles según el género. Por un lado es desafortunado porque no considera que no puede haber complementariedad cuando hay una parte de lo supuestamente complementario que sufre y que sueña con otras posibilidades y siente que sus posibilidades de libertad (en el sentido de Foucault) están limitadas, tal y como sostienen las activistas del PCN al denunciar que no hay igualdad en el *espacio político* ni en el *ámbito familiar*.<sup>8</sup>

Por otro lado, en la tradición feminista el uso del calificativo ‘complementario’ tiene graves inconvenientes por asociarse a la naturalización de la división sexual del trabajo. Un aporte fundamental para historizar dicha división fue hecho, a mediados de los setenta, por Gayle Rubin. Su tesis es que la complementariedad de los sexos se deriva de la constitución de la cultura a partir del sistema de parentescos basado en el intercambio (de mujeres) controlado por hombres (a través del matrimonio). La complementariedad de los roles sexuales no es nada armoniosa, puesto que convierte la heterosexualidad en obligatoria y garantiza la opresión de las mujeres. Tomando en cuenta la tradición feminista derivada de esta tesis, no sorprende que la lectura de la ‘complementariedad de roles sexuales’, tomada como reivindicación de la mujer, despierte serias incomodidades.

---

<sup>8</sup> Agradezco a Angélica Nández este señalamiento.

Pero aquí vale la pena detenerse. Discusiones de este tipo son interesantes porque a la vez que nos ubican en un punto en el que la dicotomía tradicional/moderna resulta problemática, nos invitan a recordar que las teorías (sean antropológicas, feministas o de cualquier tipo) más que ofrecer verdades absolutas, constituyen nudos discursivos en un momento político-histórico disciplinario dado (Haraway 1995). Por ello, hay que buscar salidas al debate. No para negar, como bien señala Mara Viveros (1999), que haya opresión de género en un contexto como el Pacífico, sino para insistir en la necesidad de que sus configuraciones son distintas a las de otros contextos. En ese sentido, un desafío para el feminismo es no perder de vista que la *lucha universal* por visibilizar a la mujer está condicionada por una *lucha localizada*. Queda el reto de producir herramientas conceptuales que den cuenta de las formas de opresión de género específicas para estos contextos.

Siguiendo esta dirección, se cuestiona la aplicación de la citada tesis de Rubin para el caso de las mujeres afroamericanas, debido a que éstas no fueron constituidas ‘mujeres’ del mismo modo que las mujeres blancas. En específico, Hortense Spillers (1987, citado por Haraway 1991) argumenta que la esclavitud, como institución colonial, convertía tanto a hombres como a mujeres en propiedad enajenable y que, en este sentido, excluía a las mujeres negras esclavizadas de la posibilidad de entrar al orden patriarcal vía el matrimonio.

En esta misma línea, Angélica Nãñez (2002) plantea la inadecuación del ‘patriarcado’ como herramienta conceptual para abordar la comprensión de relaciones de género en el contexto del caribe venezolano. Basándose en la hipótesis de Moreno (1993) de que la pareja tradicional (hombre-mujer) como institución no ha sido producida ni arraigada en el contexto popular caribeño y que la verdadera relación en ‘pareja’ es el par madre-hijos, esta autora plantea que en el contexto del caribe venezolano prima un modelo familiar que construye subjetividades masculinas que tienen como profunda marca de identidad la relación filial con los sujetos femeninos y las subjetividades femeninas. Por razones sociales, históricas y culturales, propia de contextos marcados por la colonia, la institucionalización de la familia y el parentesco no ha pasado por la constitución de la figura de un patriarca exactamente del mismo modo que la familia occidental moderna. Por lo tanto, las relaciones de poder y dominación entre géneros, circulan por otros mecanismos distintos a los de la estructura patriarcal, que debemos identificar.

Angélica Nãñez, Julia Cogollo (activista del PCN) y yo (en este volumen), hemos planteado la inadecuación de aplicar absolutamente el concepto de patriarcado para dar cuenta del abuso de poder en las relaciones de género del Pacífico y el Caribe de Colombia. Así mismo,

planteamos ciertas relecturas sobre la ‘paternidad irresponsable’ y la figura del ‘macho inútil’ comparando las relaciones de género de ambas regiones.

Entiendo que el PCN ha venido apuntando en esta línea de producir una mirada de género localizada. Una apuesta en este sentido es vincular el tema de género con la *defensa del lugar*, como estrategia desplegada por el movimiento ante la llegada del conflicto armado.<sup>9</sup> Siguiendo el ‘principio de retorno’ el PCN junto con mujeres desplazadas y con el fin de fortalecer las prácticas culturales de las comunidades negras (debilitadas por los desplazamientos forzados), ha realizado actividades de diversa índole: construcción de semilleros y zoteas, talleres culinarios, recuperación de plantas medicinales y comestibles, talleres de relajación para reelaborar la experiencia de desplazamiento y conectar con aquello que simboliza el territorio para las comunidades negras. Así mismo, ha sido fundamental la creatividad de las mujeres de las comunidades rurales para producir *estrategias dialógicas* frente a la espiral de violencia. Como dice una activista, representante de un consejo comunitario de un río:

La gente sabe que el que tiene este trabajo le toca interlocutar tanto con el uno como con el otro... Así es la cuestión. Toca hablar con uno y decirle: ‘no pase por aquí’. Yo siempre resalto el proyecto de vida que nosotros tenemos; nosotros, las comunidades negras, la lucha que nosotros llevamos... Una vez me tocó decir a un señor en una reunión: ‘nosotros tenemos un proyecto de vida propio que es el PCN y por tanto hemos decidido no coger las armas; el PCN no coge armas. Lo que hemos decidido es capacitar nuestra gente para reclamar nuestros derechos por la vía legal’. Hablarle [así...] es irse a colocar en riesgo. Y, decirle: ‘¡No!. La comunidad manifiesta estar neutra ante el conflicto armado, nosotros tenemos un proyecto de vida que queremos defender’. Eso es hacer enemigos... ¡Cuántas veces me ha tocado hacer eso!

Habrà que ver de qué manera el PCN asume la valentía de sus activistas mujeres frente al conflicto armado como un elemento clave de sus estrategias para defender y construir territorio. Más ahora que una de sus activistas —Libia Grueso, en nombre del movimiento— recibió el *Goldman Prize 2004* (premio Nobel de ambientalismo).

---

<sup>9</sup> Esta observación la debo a una apasionada y sabrosa discusión sobre el polémico uso de la categoría ‘complementario’ que tuve el privilegio de tener con Leyla Arroyo.

En los años recientes, en la medida en que el PCN ha dado cabida a la dimensión experiencial del activismo, ha podido también cuestionar aquellas vivencias atravesadas por la identidad de género y, por tanto, ha podido abrir espacios de disenso interno para intentar subvertir aquellas relaciones de género que producen conflicto y sufrimiento. Por ejemplo, en los espacios informales de participación del Palenque El Congal, se vienen practicando estrategias para llevar al ámbito público aquellos problemas derivados del activismo vinculados con la identidad de género. En dichos espacios, muchas activistas comparten su preocupación por no contar con el apoyo de sus parejas para participar en actividades políticas. Así mismo, muchos activistas conversan sobre los conflictos que les producen no cumplir a cabalidad con el rol de proveedor de la familia, debido a su entrega a la organización. Este tipo de estrategias, aunque de modo menos sistemático, también se ha practicado con las parejas de los/as activistas.

Después de más de una década de lucha, las activistas del movimiento siguen vinculadas a redes de organizaciones de mujeres, en calidad de mujeres y no de participantes del PCN. El movimiento, aún cuando es reticente a aceptar que trata el género, se vincula a proyectos que trabajan el tema. Finalmente, en el 2002 constituyó un equipo de género, integrado por mujeres en su mayoría, pero también por hombres. Ya no se habla de reivindicaciones de 'la mujer' sino de 'relaciones de género'. Como bien apunta la epistemóloga feminista Evelyn Fox Keller (1985), la equivalencia entre mujer y género es un tremendo error del que debemos deshacernos si queremos cambiar las relaciones de género que afectan (de modo distinto) tanto a hombres como a mujeres. La *perspectiva relacional del género* pone en evidencia el hecho de que no es suficiente que la mujer gane espacios de poder para producir cambios en la identidad de género. También es necesario transformar la forma de relacionarnos. Al respecto Jeannette Rojas, hablando de las cooperativas de mujeres en el Pacífico, dice: "los logros también les causan angustias pues deben seguir respondiendo por las actividades de la casa, las organizativas y las comunitarias" (1996:213). En ese caso, la ganancia de espacios de poder y autonomía, debe estar acompañada por cambios en la subjetividad masculina. Como prosigue esta feminista, comentando esta experiencia organizativa de mujeres: "algunas de ellas están construyendo relaciones con sus compañeros donde él está asumiendo responsabilidades domésticas y encuentran un apoyo para participar en las acciones de capacitación" (Rojas 1996:213).

Las relaciones de género siguen siendo un fuerte punto de debate al interior del movimiento. Pero hay el consenso de que falta un largo camino por recorrer en este sentido:

Yo siempre he dicho que [...] un proyecto como el nuestro, que trabajamos por el respeto a la diferencia, tiene que ser con respecto a la diferencia de todo; no puede ser sólo el respeto a la diferencia por ser negro, blanco, mestizo, pluriétnico y multicultural. No. Es también la diferencia por el género... es que es ser mujer negra, ser hombre negro y en ese marco tenemos que trabajarlo. A esto le falta... toca hacer un trabajo durísimo para que los compañeros nos reconozcan y ahí vamos. Siempre estoy reivindicando en los espacios en que estoy... que yo no soy negra solamente; además de ser negra soy mujer. Un proyecto como el nuestro no puede ser sólo el respeto a la diferencia por Ser Negro. Es también la diferencia por las relaciones de género.

A lo largo de estos años, el PCN ha tratado la identidad de género pasando por varios 'momentos'. De la *radicalidad* frente a 'asuntos de' mujer pasó a la *ambivalencia* frente al tema del género. Su actual disposición a *explorar las vivencias en las relaciones de género* es un momento propicio para suspender las certezas de género y cuestionar el tipo de subjetividades requeridas para promover cambios en aquellas relaciones de género que producen malestar. Los retos que deberá enfrentar el movimiento también constituyen desafíos para los feminismos, las ciencias sociales y para quienes estamos interesadas/os en encontrar formas más felices de relacionarnos.

Es crucial reinventar nuevas herramientas conceptuales que den cuenta de las formas específicas que cobra la opresión de género en contextos como los del Pacífico. Es fundamental también explorar otros ámbitos para analizar las relaciones de poder que atraviesan la identidad de género; especialmente el estudio de la constitución de la subjetividad masculina. ¿Cuándo la pérdida de cuotas de poder del hombre y su ganancia por parte de la mujer significa la descalificación del primero como 'macho inútil'? (Náñez 2002). ¿Hasta qué punto este elemento de la subjetividad es compensado con el del 'macho omnipotente' como figura proveedora y fuente de placer sexual? (de la que nos habla Mara Viveros en sus estudios). ¿Qué tipo de sufrimientos viven los hombres cuando la normativa social les exige que sean 'quebradores y cumplidores'? Respuestas a estos interrogantes, indudablemente arrojarán luces sobre temas que han sido centrales para el feminismo: ¿Qué otros campos de poder, distintos al sexual, pueden ser creados sin que ello implique el maltrato de las compañeras, las madres, las hijas, etc.? ¿Qué implicaciones tiene para las propias mujeres la subjetividad de la mujer-madre-aguerrida que todo lo puede y todo lo tiene que resistir? ¿Cuáles son los costos personales de la imposibilidad del autocuidado, cuando

la norma exige ser una cuidadora de los/as demás? ¿En qué medida ciertos elementos de la subjetividad femenina son coexistentes con formas de la subjetividad masculina que se pretende cambiar?

Preguntas de este tipo son planteadas y respondidas gracias al arduo trabajo de activistas como las del PCN. Aún cuando el movimiento no ha incluido explícitamente en su agenda política el trabajado sobre género, sí ha dado una orientación al tema (ya sea de radicalidad, de ambigüedad o de apertura a tratar las relaciones de género a través de sus experiencias) y ha puesto en práctica, implícitos sobre el mismo. Y era inevitable puesto que el género, además de una categoría relacional, atraviesa nuestra constitución identitaria tanto como la étnica.

### Bibliografía

Asher, Kiran

- 1998 “Constructing Afro-Colombia: Ethnicity and territory in the Pacific lowlands” Tesis doctoral. Departamento de ciencias políticas. Universidad de la Florida.

Álvarez, Sonia

- 2001 “Los feminismos latinoamericanos ‘se globalizan’. Tendencias de los noventa y retos para el nuevo milenio”. En: Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino (eds.), *Política cultural & cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. pp. 345- 380. Bogotá: Taurus-ICANH.

Álvarez, Manuela

- 2000 “Capitalizing ‘black women’: the politics of power in the engenderment of development”. Tesis de maestría. Universidad de Massachusetts-Amherts.

Butler, Judith

- 2001 [1990] *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.

Camacho, Juana

- 2004 “Silencios elocuentes, voces emergentes: reseña bibliográfica de los estudios sobre la mujer afrocolombiana”. Mauricio Pardo, Claudia Mosquera y María Clemencia

Ramírez (eds.), *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico*. pp. 167-212. Bogotá: ICANH-Universidad Nacional de Colombia.

Campbell, Epsy

1999 Feminismo desde las mujeres negras. *Boletín Cimarronas*. 5.

Correa, Nidza y Heidi Figueroa

1994 “Las mujeres son, son, son... Implosión y recomposición de la categoría”. En: Heidi Figueroa (ed.), *Más allá de la bella (in)diferencia. Revisión post-feminista y otras escrituras posibles*. San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas.

Deleuze, Gilles y Felix Guattari

2000 *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

Escobar, Arturo y Álvaro Pedrosa

1996 *Pacífico: ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá: CEREC.

Foucault, Michael

1994 [1984] *Hermenéutica del Sujeto*. Madrid: La Piqueta.

Fox Keller, Evelyn

1989 *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Alfons el Magnanim.

Flórez-Flórez, Juliana

2002 (Des)encuentros con la Psicología desarrollista. *Revista Heterotopía*. 21(2): 55-87.

Galván, Sergia

1995. [www.antroposmoderno.com/word/lamujnegra.doc](http://www.antroposmoderno.com/word/lamujnegra.doc)

García, Jesús ‘Chucho’

2002 “Encuentros y desencuentros de los saberes en torno a la africanía latinoamericana”. En: Daniel Mato (ed.), *Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Volumen 3. pp. XX-XX. Buenos Aires: CLACSO.

Gil, Eva

- 2002 ¿Por qué le llaman género cuando quieren decir sexo?: Una aproximación de la teoría de la performatividad de Judith Butler. *Atenea Digital*. (2).

Grueso, Libia y Leyla Arroyo

- 2002 Mujeres y defensa del lugar en las luchas del Movimiento Negro colombiano. *Desarrollo. Lugar, política y justicia: las mujeres frente a la globalización*. 68-76.

Haraway, Donna

- 1995 *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Lozano, Betty

- 1996 “Mujer y desarrollo”. En: Arturo Escobar y Alvaro Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. pp. 176-204. Bogotá: CEREC.

Izquierdo, M<sup>a</sup> Jesús

- 1998 *El Malestar en la desigualdad*. Madrid: Cátedra.

Mato, Daniel

- 2001 *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: CLACSO

Melucci, Alberto

- 1988 *Nomads of the Present: Social Movements and the Individual Needs in Contemporary Society*. Philadelphia: University Temple press

Mohanty, Chandra

- 1991 “Under western eyes: Feminist scholarship and colonial discourses”. En: Ch. Mohanty, A. Russo y L. Torres (eds.), *Third World women and the politics of feminism*. pp. 51-80. Bloomington: Indiana University Press.



Moreno, Alejandro

- 1993 *El Aro y la Trama: episteme, modernidad y pueblo*. Valencia: Centro de Investigaciones Populares.

Mouffe, Chantal

- 1999 *El Retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, democracia radical*. Barcelona: Paidós.

Movimiento de Mujeres Negras de Quito

- 2003 “Situación de la mujer negra”. Documento en Internet <http://www.abayala.othenerg/cca/sitimune.html>

Ñáñez, Angélica

- 2002 Inadecuación del patriarcado y relaciones parentales en la familia venezolano-caribeña. *Revista Heterotopía*.

Rojas, Jeannette

- 1996 “Las mujeres en movimiento. Crónicas de otras miradas”. En: Arturo Escobar y Alvaro Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. pp. 205-219. Bogotá: CEREC.

Rosero, Carlos

- 1994 “Documento Interno del PCN”.

Spivak, Gayatri

- 1999 “Los estudios subalternos: la deconstrucción de la historiografía”. En: N. Carbonell y M. Torras (eds.), *Feminismos literarios*. pp. 265-290. Madrid: Arco/Libros.

Trinh, Minh-ha

- 1989 *Women native other*. Bloomington: Indiana University Press.

Viveros, Mara

- 1999 “Dionisos negros. Estereotipos sexuales y orden racial en Colombia”. Documento en Internet: <http://www.ub.es/afroamerica/viveros1.pdf>